

LIBROS

HISTORIA DEL PAPIÓN SAGRADO, por Santiago Bullrich. Buenos Aires, Falbo Librero, 1965. 140 p.

La literatura latinoamericana es comparativamente pobre en prosa si la contrastamos con la producción poética. Piensan algunos que es cuestión de ciclo cultural. Cuestión de subdesarrollo . . . Otros, más generosos o más defensivos, lo atribuyen a motivos temperamentales. Sea como fuere, es evidente que lo que era verdad hasta hace muy poco comienza a ser cuestionable. Aunque el balance se mantiene en favor de la poesía, Latinoamérica comienza a contar con algunos nombres que colocan a nuestra novela entre las más promisorias del momento. En algunos casos las promesas se han concretado. De Cortázar a Vargas Llosa y de Fuentes a Rulfo es evidente que la novela se abre camino y quizá no sea errado admitir que en parte, al menos, el fenómeno tenga algún nexo con cierto despertar cultural al nivel más ambicioso.

Los argentinos tienen su tradición propia no despreciable en calidad, aún cuando, forzoso es admitir, las obras de perduración por motivos más allá de lo anecdótico son contadas. El *Facundo* de Sarmiento no es propiamente novela aunque se la incluya en el género, ni el *Juvenilia* de Cané. Para hablar de novela hay que pensar en este siglo: el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, *Los siete locos* de Arlt y el *Adán Buenosayres* de Marechal. Cuesta añadir otras salvo que hagamos referencia a lo muy contemporáneo. En tal sentido creo apartarme del consenso general al atribuir méritos novelísticos más allá del indiscutido Cortázar y el respetable aplauso despertado por la obra de Sábato. Con los fabricantes de gruesos tomos de la generación martinfierrista, excepto los mencionados, confieso no tener paciencia. Sin restar méritos a los *best sellers* que surgen en lo que llamaremos la nueva generación (Beatriz Guido, David Viñas, etc.), he leído hasta ahora dos novelas que me parecen excepcionales: el *Esvén* de Arturo Jacinto Álvarez y la *Historia del Papión Sagrado* de Santiago Bullrich.

Anoto un cierto parentesco entre ambas, no sólo en términos de su rara calidad literaria, sino en la evocación poética de sus respectivos mundos. Pero aquí es del *Papión* que quiero hablar ya que en su oportunidad escribí algún párrafo crítico sobre el *Esvén*.

De Bullrich conocía su poesía, en parte al menos, que ya lo señalaba como un escritor de sensibilidad sutil para manejar el idioma.

Pero aún así, y reconociendo en él a un poeta nada del montón, debo confesar que este último libro me tomó de sorpresa —de agradable sorpresa— por la irrupción de una fuerza que yo al menos no sospechaba en el autor de los *Cuadernos de Narciso* ni aún de la *Oda Telegráfica*. El *Papión* es un libro maduro. Aunque narra el fin de la adolescencia, como tanta novela mala, adolescente, aquí nos encontramos con un narrador que sabe tomarse su tiempo, como el ajedrecista seguro de un desenlace que le será favorable. Es verdad que al final nos quedamos un poco con las ganas de seguir el rumbo interior y anecdótico de los personajes; pero nos resignamos al jaque mate porque el autor nos hace ver que está en

armonía con ese poncho de recuerdos que fue tejiendo con verdadera destreza criolla. Porque el *Papión* es un libro criollo, aún cuando penetre esa dimensión desde el ángulo difícil de Buenos Aires.

Si decimos que la prosa es de un impecable buen gusto, quizá hasta el mismo autor se mortifique. Reconozco que suena a elogio de salón. Pero no es ésa mi intención al aseverarlo. Creo que la prosa, más que ninguna otra forma de expresión, exige un total equilibrio por parte de su creador para sostenerse sin altibajos. Por eso escuchamos con frecuencia: "tal obra no será muy buena pero tiene páginas admirables".

Si tuviese que señalar lo que más me impresionó del *Papión* es el esfuerzo lírico y por momentos épico sostenido a través de sus páginas.

Y por lo sostenido del relato valga decir que sostiene. Leerlo es algo así como entrar en un tobogán. Yo lo tomé una mañana entre mis manos y recién lo pude largar al atardecer del mismo día cuando llegué a la última página. Como las sinfonías de Mozart, ni una nota de más ni una de menos. Lo curioso es que a esta tensión, que se traduce en cada pasaje de su estilo, la logra a pesar de hacernos atravesar por los más variados y hasta paradójicamente opuestos enfoques. Sin embargo todo es auténtico, y sin duda allí reside el secreto de su magnetismo. Es que Bullrich ha logrado una cosmovisión como esos maestros del Renacimiento en cuyas composiciones todo se armoniza: la figura con el paisaje y éste con la naturaleza muerta que ocupa un primer plano. Trátese de la narración del estudiante, del puestero de una estancia, de una sofisticada señora de las viejas familias porteñas, no declina en ningún momento esta armonía estética que para mí es condición de la verdadera obra de arte.

Y así como basta el más pequeño fragmento de una de esas telas de las que vengo de hacer alusión para descubrir el trazo inconfundible del maestro, así—vaya como mi mayor elogio de esta obra— creo que me bastaría abrirla en cualquiera de sus páginas para reconocer el sonido de la música de Bullrich, hecha a través de un instrumento que se ha sabido afinar con justeza, él mismo.

—Rafael Squirru

Director del Departamento de Asuntos Culturales

DONDE CANTA EL SABIÁ, por Gastón Figueira. Montevideo, Instituto de Cultura Uruguayo-Brasileño, Colección América Joven, 1966. 56 p.

EL sentimiento intenso del autor por su vecino Brasil se manifiesta en esta obra de seis ensayos, en la cual nos da, con cierto grado de parcialidad, el impacto del citado país en la literatura hemisférica.

El primer ensayo trata sobre los antecedentes estilísticos de la poesía brasileña. La alfarería precolombina *nhengaiba*, con sus decoraciones de aves y animales, constituye la base del estilo brasileño, creando el "nativismo" que, como el autor corrige, es un vocablo brasileño. La *brasiliad* halló su origen en Portugal, pero